

## Saramago, el escritor de *todos los nombres*

“No cambié de número, soy el trece que está en el lugar del catorce”. Esta frase recubierta de pesimismo pertenece a la novela *La caverna* (2000) una de las últimas obras de José Saramago, quien falleció este viernes 18 de junio. Esta novela narra la vida de un hombre viejo y su pequeña familia de artesanos. Es una historia conmovedora sobre la esperanza fallida en el intento por ingresar al mundo a través del mercado. Por textos como estos, Saramago hará de las letras una trinchera para cuestionar a las sociedades conservadoras, al capitalismo, a la burocracia, a la democracia, a la religión, a los principados, a los centros de poder y a las historias oficiales y feudales.

Mucho hemos de agradecer a la prosa, el drama y la poesía de este autor. Un escritor portugués que ha tenido altas y bajas en su quehacer como escritor de izquierda. Ha apoyado febrilmente algunas causas y también ha hecho algún comentario desafortunado. Pero es indudable su posición política y por supuesto su aporte a la literatura con su inconfundible estilo narrativo—recordamos sus interminables párrafos con poca puntuación (el propio argumento es lo que nos lleva detenernos), y los cambios de turno en los personajes sin el aviso del guión largo, del cual sus textos ya habían prescindido.

En sus novelas, los nombres son poco estables, como el del elefante Salomón a quien cambian frecuentemente de nombre. Estos son sustituidos por quehaceres como “el hombre del parche” o “la mujer del médico”. No hay nombres porque son como los de las personas anónimas a quienes nos referimos de forma descuidada como “la chica de la tienda”, “el señor de aquí junto” o “la mujer del otro día”. Estos nombres son los de cualquiera, como decir sutana, mengano o don José (un nombre tan común como el del propio autor), cuyo apelativo es el único que aparece en la novela *Todos los nombres* (1997), una obra que relata la vida de un hombre solitario que vive y trabaja en el registro civil. Saramago se contenta con mencionarlos, con poner en evidencia sus andanzas, sus esperanzas, sus dudas o sus enfermedades. Los nombres son importantes en su obra, no son obviedades, su falta nos recuerdan las ausencias, contando con quienes no cuentan están todos los nombres.

Sus personajes taciturnos, viejos, melancólicos, enflaquecidos, no serían héroes en ninguna otra obra salvo en la suya. Son desde sus debilidades, temores, soledades y amores los protagonistas de liberaciones, búsquedas, aventuras kafkianas y viajes trasatlánticos o caravanas intereuropeas. No hay épica en Saramago, a lo sumo sobrevivencia. Por eso es un escritor apegado a la vida corriente, de gente común que pasa desapercibida. Porque para Saramago estamos ennegrecidos por la luz, viajando sin retorno en una balsa de piedra, votando en blanco, buscando a la persona amada, haciendo muñecos de barro para salir de la pobreza y regalando elefantes para endulzar las riñas geopolíticas. ¿Es un autor pesimista? no, es un denunciador de injusticias.

Un abrazo maestro, este podrá ser tu último viaje, aquella tu última novela, pero nosotros seguiremos siendo tus personajes.